

la otra palabra



las

griegas

Poetas, oradoras y filósofas

MARIANA GARDELLA HUESO



GALERNA





Colección

la *otra* palabra

Dirigida por Jazmín Ferreiro

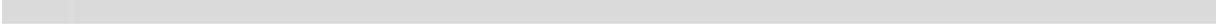
Nota preliminar

¿Por qué pensamos que no ha habido filósofas en la historia de la filosofía? Tanto los manuales como las enciclopedias que reconstruyen la historia de la Filosofía, las colecciones dedicadas a los “grandes pensadores” y el canon filosófico, que se conforma y perpetúa en los programas de estudio y en las aulas de las universidades, han colaborado en sostener el prejuicio que niega la existencia, hasta tiempos muy recientes, de mujeres filósofas. Sin embargo, en todas las épocas es posible encontrar una palabra que se resiste al silencio, que desafía las fronteras que los primeros filósofos establecieron. Tal como se pone de manifiesto en este primer volumen, los orígenes de la Filosofía están comprometidos con un sesgo sexista que excluye a la mujer de la práctica filosófica haciendo de la razón y la palabra pública una propiedad exclusiva de los varones. La conceptualización binaria y jerarquizante de los sexos, responsable de dotar de manera diferenciada a varones y mujeres de determinadas características esenciales y función social, se replica una y otra vez en el pensamiento y los textos de los filósofos, y no sólo de ellos. Pero también, junto a sus voces, han existido otras, quienes desde los márgenes, casi siempre autodidactas, excluidas de los espacios educativos y de cualquier clase de educación formal, se pronunciaron reconociéndose distintas a las voces hegemónicas. Es a esas otras voces, a esa otra palabra, a las que dedicamos esta colección.

la otra palabra



Jazmín
Ferreiro





Las griegas

Poetas, *oradoras* y filósofas

Mariana Gardella Hueso



Índice

PALABRAS PRELIMINARES

El lugar de Jantipa

ENSAYO

- I. Reinas de la poesía, fantasmas de la historia
- II. Yeguas monstruosas o el mito de las mujeres filósofas
- III. Hipatia no fue la primera
- IV. La palabra reservada: Safo de Lesbos
 1. Experiencias del contorno
 2. “Yo digo, en cambio...”
- V. La palabra enigmática: Cleobulina de Lindos
- VI. La palabra secreta: Téano de Crotona y las filósofas pitagóricas
 1. Pitágoras y las comunidades pitagóricas
 2. Las pitagóricas y sus textos
 3. De lo que hay que hablar, no hay que callar
 4. Una ética de la casa
- VII. La palabra pública y la política: Aspasia de Mileto
 1. Una mujer fuera de lugar
 2. Aspasia, la ficción

3. Huérfanas de la tierra

VIII. La palabra pública y la educación: Hiparquia de Maronea

1. Las perras no son inferiores a los perros

2. La primera decisión de Hiparquia

3. La segunda decisión de Hiparquia

PALABRAS FINALES

La risa de la esclava tracia

SELECCIÓN DE TEXTOS

Nota sobre la selección

Hipe y Melanipa

Catálogo de mujeres notables

Safo de Lesbos

Cleobulina de Lindos

Las pitagóricas

Téano de Crotona

Timica de Lacedemonia

Perictíone

Fintis

Aisara

Aspasia de Mileto

Hiparquia de Maronea

REFERENCIAS

NOMBRES PROPIOS

ACONTECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA

Gardella, Mariana

Las griegas : poetas, oradoras y filósofas / Mariana Gardella. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Galerna, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-556-880-2

1. Filosofía Clásica. I. Título.

CDD 180.9

© 2022, Mariana Gardella Hueso

© 2022, RCP S.A.

Directora de la colección: Jazmín Ferreiro

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna, ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopias, sin permiso previo del editor y/o autor.

ISBN 978-950-556-880-2

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Diseño y diagramación del interior y de tapa: Pablo Alarcón | Cerúleo

Primera edición en formato digital: junio de 2022

Versión: 1.0

Digitalización: Proyecto 451

“Alguien más, pienso, nos recordará”.
Safo de Lesbos, fragmento 147.

PALABRAS PRELIMINARES

.....

El lugar de Jantipa

Al comienzo del *Fedón*, Platón cuenta que, antes de beber la cicuta en prisión, Sócrates recibió la visita de sus discípulos más queridos. Cuando su esposa Jantipa, que también estaba allí, los vio entrar, le dijo que esa era la última vez que él iba a poder conversar con ellos. A Sócrates le incomodaron sus palabras, porque, sin responderle, le pidió inmediatamente a Critón que alguien se la llevara a casa. Cuando Jantipa se marchó de la prisión entre gritos y lamentos, Sócrates mantuvo con sus discípulos una extensa conversación sobre la inmortalidad del alma que fue el preludio de su muerte y su último legado.

Lo que a Sócrates pareció molestarle de Jantipa fue su modo de hablar, teñido de emoción, que irrumpió sin pedir permiso. Al final del diálogo, cuando bebe la cicuta y Apolodoro, uno de sus discípulos, rompe en llanto, Sócrates le recuerda que ha echado a su esposa para evitar ese tipo de comportamientos, pues “hay que morir en silencio”. **(1)**

Jantipa tiene cosas para decir, pero a nadie le interesa escucharla. Sócrates la envía de regreso a su casa, que es el sitio de donde nunca debería haber salido. Con este gesto, la obliga a cerrar la boca. El motivo que aduce es que es preciso morir en silencio. Sócrates elige callar, pero Jantipa está obligada a hacerlo. Esta trama de silencios —el silencio que se elige y el que se impone— sostiene los discursos que forman parte de la historia de la filosofía. En esta historia, como en muchas otras, mientras algunos hablan, otras deben permanecer calladas.

La historia de las mujeres es en cierto modo la historia de un combate por la palabra. Para nosotras, la palabra es una conquista precaria que ha tenido lugar luego de una agotadora batalla. Este libro narra solo uno de los episodios de esta lucha: la que han librado las mujeres que, en los albores de la filosofía, se dedicaron a pensar. Nuestro relato no pretende ser ni demasiado extenso ni completamente exhaustivo. Aquí solo nos referiremos a algunas de las mujeres que vivieron entre los siglos VII y IV a. e. c. en la antigua Grecia, en el tiempo en que nació y se consolidó eso que llamamos “filosofía”. ¿Por qué viajar tan lejos? Porque el esfuerzo de estas mujeres por conquistar la palabra es un reflejo del esfuerzo que históricamente todas hemos hecho para ser leídas y escuchadas.

Algunas de las mujeres que forman parte de este libro han sido consideradas filósofas, como Téano de Crotona o Hiparquía de Maronea. Otras, en cambio, han sido llamadas poetisas, como Safo de Lesbos y Cleobulina de Lindos, u oradoras, como Aspasia de Mileto. En todos los casos, se trata de mujeres que encontraron tiempo y espacio para pensar, como seguramente muchas otras también lo hicieron, y que además tuvieron la oportunidad de escribir,

algo que no todas sabían ni podían hacer. Por eso, preferimos llamarlas “pensadoras” en lugar de “filósofas”. “Pensadora” es una noción deliberadamente amplia y ambigua que nos invita a cuestionar la separación artificial que se ha establecido entre las disciplinas y revisar las categorías que han sido utilizadas para distinguir lo que no es tan distinto y alejar lo que debería permanecer en las cercanías. Al mismo tiempo, esta noción expresa nuestro homenaje a la profundidad, la sutileza y la valentía del pensamiento desconcertante, incómodo e impredecible de estas mujeres, que aún hoy desafía los límites y alcances de lo que se considera filosófico.

En contra del mandato social que les ordenaba no ser vistas ni escuchadas, las mujeres que aparecen en estas páginas se empeñaron en conquistar la palabra y utilizarla de diverso modo: de forma reservada, como un enigma, como un secreto o abiertamente, en público. De alguna manera, todas ellas ocuparon el lugar de Jantipa: marginadas de la filosofía, pudieron transformar ese margen en un refugio desde el cual libraron una incansable batalla por la palabra. De esta lucha nos han llegado textos fragmentados, tergiversados, intervenidos, por largo tiempo olvidados.

Este libro contiene la traducción del griego antiguo al castellano de una selección de textos de las primeras pensadoras griegas. El material es muy diverso. Contamos con poemas, enigmas, sentencias, tratados, discursos, cartas y también coloridos testimonios que nos ayudan a conocer cómo fueron vistas en el pasado. El ensayo busca hilar estos textos en una trama de sentido que aporte algunas pistas para entender sus palabras, conocer las dificultades a las que se enfrentaron y apreciar de qué

modo transformaron el mundo en que vivían. Nuestra intención es contribuir con este libro a la construcción de la narrativa de una otra historia que nos devuelva una imagen del pasado enriquecida por distintos acontecimientos y nuevas protagonistas.

MARIANA GARDELLA HUESO
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Marzo de 2022

1. Platón, *Fedón* 117e.

ENSAYO



I.

Reinas de la poesía, fantasmas de la historia

Cada vez que queremos mostrar que las mujeres podemos dedicarnos a la filosofía y que, de hecho, muchas ya lo han hecho, solemos mencionar como ejemplo a filósofas de nuestra historia reciente: María Zambrano, Hannah Arendt, Simone De Beauvoir, Simone Weil, Lélia Gonzalez, María Lugones, Angela Davis o Judith Butler. ¿No hubo otras antes? ¿Acaso la filosofía es, como el sufragio femenino, una conquista de los últimos ciento cincuenta años?

Desde los inicios de la filosofía, hubo mujeres que se dedicaron a pensar. Sin embargo, la historia de la filosofía antigua es un relato que se cuenta sin ellas. Las narrativas que conforman esta historia se han empeñado en dejar fuera a las filósofas a través de estrategias tan diversas

como efectivas: negar que hayan existido, negar que hayan sido filósofas, ignorar sus obras o menospreciar el valor de sus ideas. Como ejemplo, podemos mencionar dos de las grandes historias de la filosofía griega que han sido material de consulta y referencia para la enseñanza y la investigación de la filosofía antigua en buena parte del mundo. En Alemania, entre 1844 y 1852, Eduard Zeller publicó los tres tomos de *Die Philosophie der Griechen in ihrer geschichtlichen Entwicklung* [*La filosofía de los griegos en su desarrollo histórico*]. Allí solo menciona a dos filósofas: Hiparquia, a quien en rigor no considera una filósofa, sino simplemente la esposa de Crates de Tebas, e Hipatia. En los seis tomos de *Historia de la filosofía griega*, publicada en Inglaterra entre 1962 y 1981, William Guthrie solo menciona el nombre de Aspasia cuando se refiere al decreto de Diopites y cita el testimonio de Plutarco, en el que dice que esta fue acusada de impiedad. **(2)**

¿Por qué ha ocurrido esto? Las razones son múltiples y complejas. Una de ellas reside en el prejuicio sexista según el cual las mujeres no somos capaces de pensar. Contra este antiguo prejuicio arremete Melanipa en una de las tragedias perdidas de Eurípides que lleva su nombre. En efecto, cuando pronuncia el discurso con el que logra salvar la vida de sus hijos, debe aclarar: “Yo soy mujer, pero tengo inteligencia”. **(3)** Otra razón es la falta de conocimiento sobre cómo vivían las mujeres. En *Un cuarto propio*, Virginia Woolf escribe sobre la mujer que “en el plano imaginario tiene la mayor importancia; en la práctica es completamente insignificante. Impregna la poesía de punta a punta, pero brilla por su ausencia en la historia”. **(4)** En efecto, mientras heroínas desafiantes y polifacéticas como Antígona o Medea son protagonistas de algunas de las

obras más influyentes de la literatura universal, fuera del terreno de la ficción las mujeres no han dejado más que huellas espectrales. Como no participaban de los acontecimientos sobre los que valía la pena hablar, no se les prestaba atención y se decía poco de ellas. Nuestro precario conocimiento acerca de las mujeres del pasado depende de testimonios sesgados, escritos en su mayoría por varones, que forman parte de un relato que las ha condenado de antemano a ocupar el lugar de quien se asoma por la ventana a ver de lejos algo que no le pertenece. Sobre esta precariedad, se construyen generalizaciones que nos devuelven una imagen de las mujeres del pasado sospechosamente imprecisa, falsamente homogénea.

Veamos un ejemplo. Se suele creer que no hubo filósofas en la Antigüedad porque las mujeres, condenadas a convertirse en esposas y madres, se ocupaban a tiempo completo de su familia y no tenían acceso a la educación. En efecto, uno de los principios que organizaba la sociedad griega antigua era el de la división entre el espacio público de la ciudad (*pólis*) y el espacio privado de la casa (*oîkos*). Mientras los varones se ocupaban de las tareas que se realizaban afuera y pasaban la mayor parte del tiempo en el ágora o en el gimnasio, las mujeres quedaban recluidas en la casa y se encargaban únicamente de los quehaceres hogareños. (5) Esta división encontraba su fundamento en una diferencia de aptitudes que era percibida como natural y jerárquica. De acuerdo con la opinión de Jenofonte, la divinidad otorgó a los varones un cuerpo y un alma fuertes para soportar viajes y guerras, y a las mujeres un cuerpo débil y un carácter temeroso y bondadoso para dedicarse al cuidado de la casa y la familia: “el dios, según me parece,

dispuso la naturaleza de la mujer para las labores y ocupaciones interiores y la del varón, para las exteriores”.

(6)

La opinión de Jenofonte refleja la situación de muchas mujeres. Sin embargo, hay que tener en cuenta que no todas vivían de la misma manera. Intentar reconstruir cómo era o cómo vivía “la mujer” en la antigua Grecia es una tarea inútil. El universal opaca las múltiples y diversas maneras de habitar el mundo que han encontrado las mujeres. Por eso, “mujer” es una palabra que siempre debería escribirse en plural. No hubo en la antigua Grecia, como tampoco hay ahora, un único modo de ser y vivir como mujer. En *El segundo sexo*, Simone De Beauvoir dice que “no se nace mujer, se llega a serlo”. Esta conocida sentencia nos permite pensar no solo en la génesis y construcción sociocultural de lo femenino, sino también en las múltiples formas que puede adoptar el devenir mujer, un tránsito sin destino final ni rumbo preestablecido que insiste en la dispersión y la diversificación. (7)

Para conocer con mayor profundidad cómo vivían las mujeres en Grecia, es necesario considerar tres variables. En primer lugar, la variable socioeconómica, ya que la vida de las mujeres libres y pudientes era diferente de la vida de las mujeres pobres o esclavas. Por ejemplo, en Atenas, las mujeres pobres podían salir de sus casas para trabajar como vendedoras, nodrizas, lavanderas o tejedoras. En cambio, las mujeres de la aristocracia permanecían encerradas, ocupándose del cuidado de las niñas y los niños, la confección de tejidos y la preparación de alimentos.

En segundo lugar, es preciso tener en cuenta la variable temporal. La situación de las mujeres fue diferente en época arcaica (siglos VIII-VI a. e. c.), clásica (siglos V-IV a. e. c.) y

helenística (siglos IV-I a. e. c.). Por ejemplo, durante el período helenístico, las mujeres gozaron de mayores libertades económicas, ya que podían comprar, vender y arrendar propiedades. También tuvieron un mayor acceso a la educación. Esto se ve en el epigrama de Eurídice, la madre de Filipo II de Macedonia y la abuela de Alejandro Magno, en el que ella dice que, luego de ser madre, aprendió a leer y escribir para satisfacer su deseo por conocer:

Eurídice, ciudadana de Sirra, ofrece esto a las Musas
luego de alcanzar con el alma el deseo de conocer.
Después de haberse convertido en madre de hijos fuertes,
trabajó duro para aprender las letras, recordatorio de las
[palabras. (8)

Además de Eurídice, conocemos el nombre de otras mujeres que durante el período helenístico se dedicaron a escribir, lo que muestra que por entonces la educación ya no era un privilegio masculino. Algunas escribieron poemas, como Ánite de Tegea, Mero de Bizancio, Nosis de Locri y Corina de Tanagra; otras se dedicaron a la filosofía, como la cínica Hiparquia y las epicúreas Temista de Lámpsaco y Leoncio.

En tercer lugar, se debe tener en cuenta la variable geográfica, ya que las diversas regiones de la Hélade no poseían una única legislación para regular el comportamiento femenino. Uno de los contrastes más significativos es el que se observa entre Atenas y Esparta. Las atenienses tenían el estatus legal de menores de edad, de ahí que siempre estuvieran bajo la tutela de un varón: primero el padre, luego el esposo y, si este fallecía, alguno de sus hijos. Podían casarse a partir de los catorce años

gracias a los acuerdos que se establecían entre las familias. Vivían encerradas en sus casas y ocupaban las habitaciones que estaban alejadas de la calle o en la planta superior para no ser vistas. Salían solamente para los funerales o algunas festividades religiosas como las Panateneas o las Tesmoforias. **(9)** Aunque se encargaban de criar a sus hijas e hijos, no era su función educarlos. Por eso, la mayoría era analfabeta. Curiosamente, aunque Atenas fue una de las capitales mundiales de la ciencia y la cultura, se ocupó de mantener a sus mujeres en la completa ignorancia. Esto explica por qué no hubo en la Antigüedad poetas, oradoras o filósofas oriundas de Atenas.

Las espartanas, en cambio, podían casarse a partir de los dieciocho años y tener hijos con varones que no fueran sus maridos si estas uniones garantizaban una mejor descendencia. **(10)** Como eran responsables de la educación de sus hijas e hijos, recibían una instrucción apropiada que les permitía reproducir los valores laconios. La educación de las mujeres comprendía, por una parte, el entrenamiento físico a través de la práctica de distintas disciplinas: carrera, lucha y lanzamiento de jabalina y disco. Se ejercitaban no solo las mujeres jóvenes, sino también las ancianas y las que estaban embarazadas. Lo hacían desnudas o con ropa ligera que dejaba el cuerpo al descubierto, una costumbre que escandalizaba a los atenienses. El fundamento de este tipo de instrucción era eugenésico: si las mujeres desarrollaban una gran fortaleza física, podían transmitirla a su descendencia. Por otra parte, también recibían una educación centrada en la música y adquirirían un nivel de formación más elevado que el de los varones, cuya instrucción se limitaba al desarrollo de habilidades físicas y militares. **(11)** Conocemos el nombre